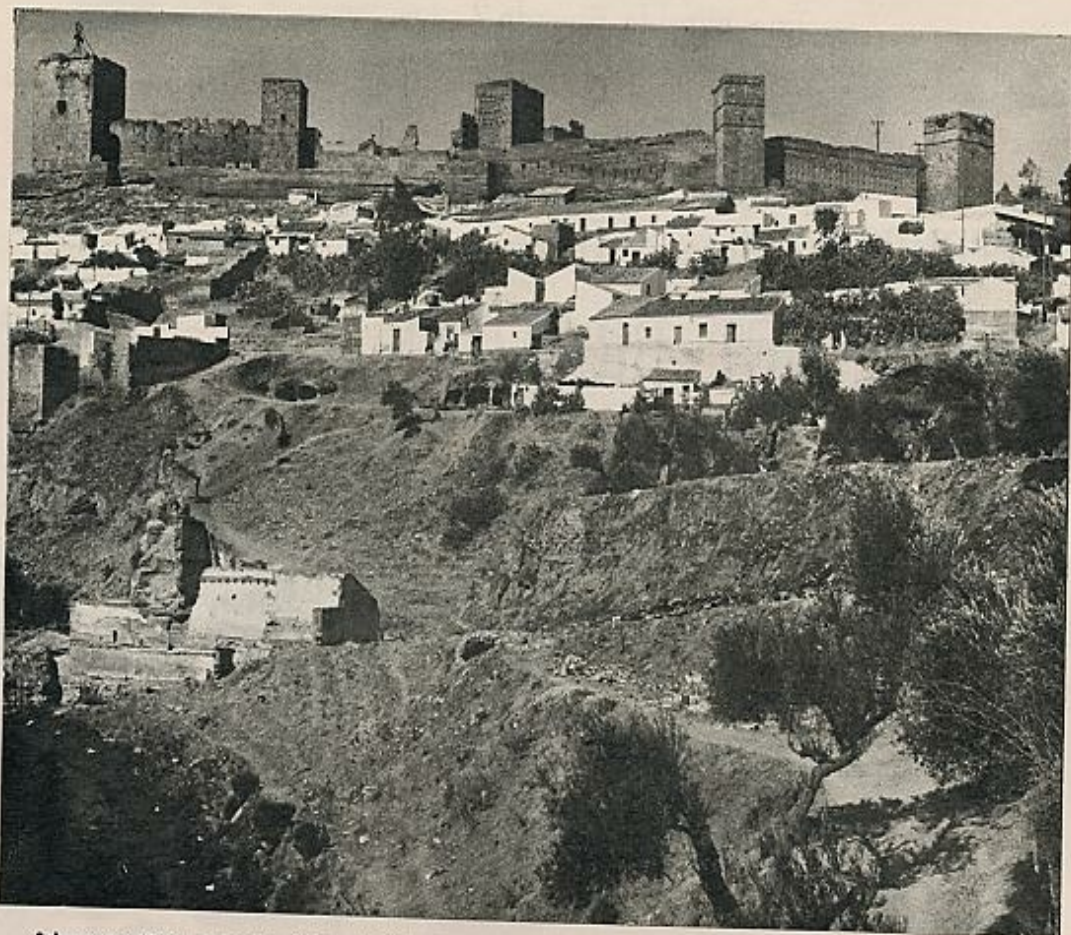


# ARTE ESPAÑOL



Sobre estas líneas, el castillo árabe de Alcalá de Guadaíra, en las cercanías de Sevilla, de estilo almohade. A la derecha, el Patio de los Leones de la Alhambra de Granada, de estilo nazarí. De la sobriedad al extremo refinamiento.

## EL LEGADO ARABE

### DE LA SOLIDA FORTALEZA AL JARDIN DE LAS COLUMNAS

textos de  
**JOSE M.<sup>a</sup>  
MORENO  
GALYAN**

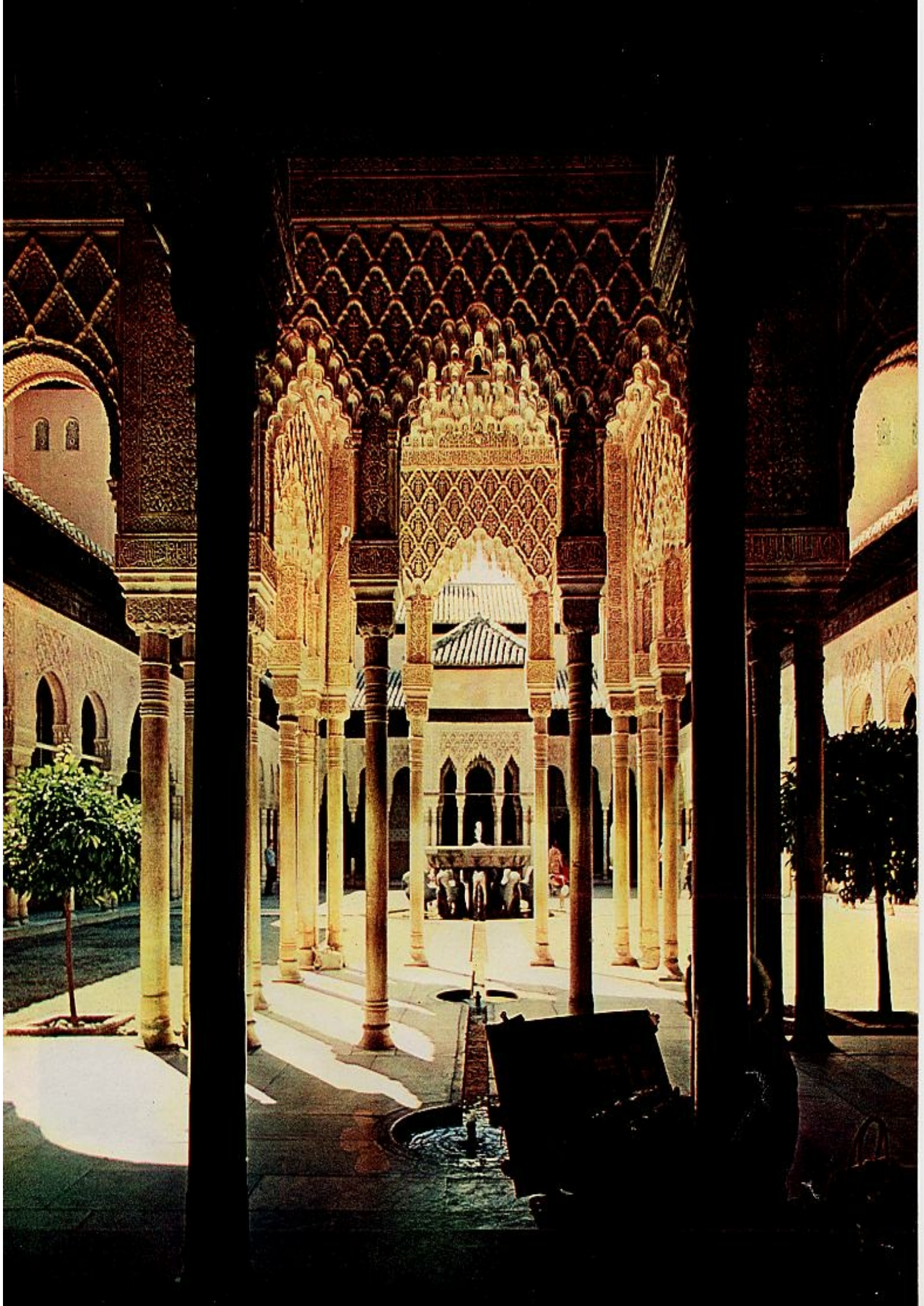
fotos de  
**SANCHEZ  
MARTINEZ**

**C**ONVIENE recordar: En el año 711 tuvo lugar la fulminante conquista árabe de la Península Ibérica. Parece que, en aquella ocasión, la mayoría de la población verdaderamente hispana, ya humillada por la excluyente aristocracia goda —minoría de dominio—, tuvo que ver los acontecimientos, en su proximidad, como un simple cambio de poderes.

En adelante, el recuerdo «gótico» le quedó a los españoles como un horizonte nebuloso del que se extraían cuando era necesario, títulos de sangre para legitimar realezas y aristocracias o anhelos restauradores.

Casi toda la Edad Media española —desde 711 hasta 1492, cerca de ocho siglos— está marcada por la presencia más o menos apremiante del Islam y de su cultura. Ocho siglos son demasiado tiempo como para que podamos considerar el arabismo español como un accidente ocasional. Lo que llamamos la «reconquista» —esos ocho siglos de lucha entre españoles cristianos y españoles árabes— no puede ser entendido como una guerra al uso, sistemática

**SIGUE**



## EL LEGADO ARABE



El claustro mudéjar del monasterio de San Isidoro del Campo, en Santiponce, también en las cercanías de Sevilla. El legado árabe ya está completamente cristianizado.

e ininterrumpida, sino como un larguísimo período de luchas, de influencias mutuas, de alianzas sanguíneas incluso al nivel de la realeza, de invasiones y retrocesos fronterizos y de intercambio cultural. Por otra parte, incluso desde el punto de vista étnico, se sabe que las sucesivas invasiones musulmanas (árabes, almorávides, almohades, etc.), siempre fueron numéricamente insignificantes con relación a la población que iban a dominar. Lo que quiere decir que al arabismo —o al musulmanismo— de España lo aglutinaba una gran masa mestiza cuyo ingrediente fundamental fue el español de siempre. Y en el mestizaje de los hombres está el origen del gran mestizaje creador de la cultura, de la cual el arte no es más que su materialización y su más visible creación.

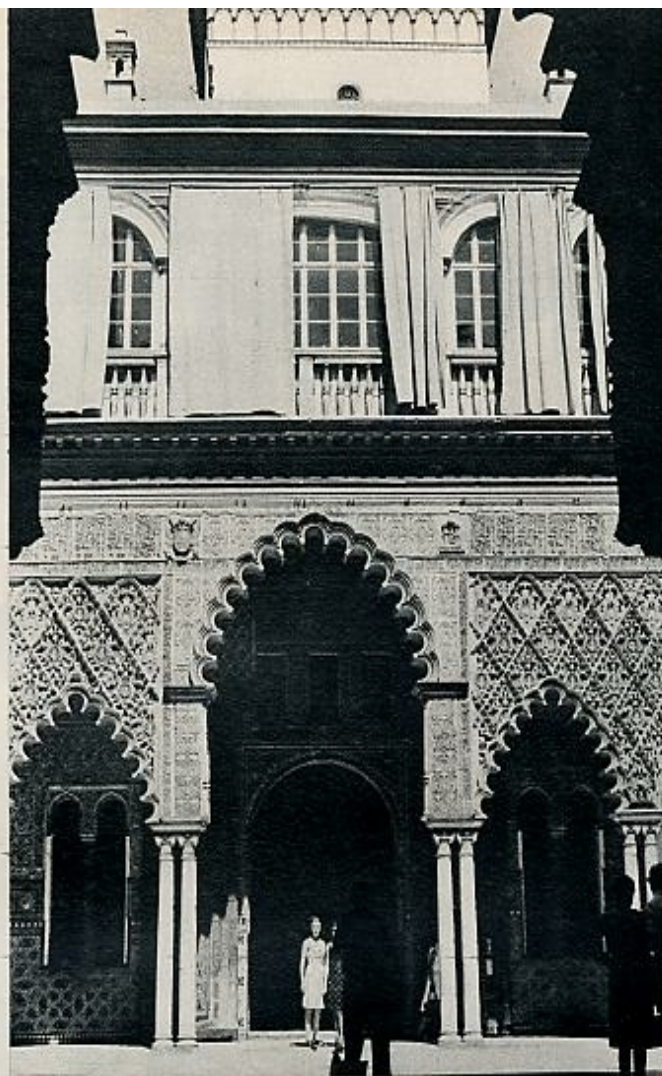
Sea como sea, el hecho es que el arabismo, en todas sus manifestaciones, originaliza y peculiariza a la cultura española con respecto a toda la cultura occidental. Todos los países de la Europa clásica poseen un fondo medieval configurador románico, gótico o simplemente nórdico. España posee además el legado árabe, en permanente estado de polémica cultural frente a todas aquellas opciones y, con frecuencia, aglutinado a ellas, en una especie de mestizaje cultural altamente creador, aún no suficientemente estudiado.

### las tres edades del arte hispano-árabe

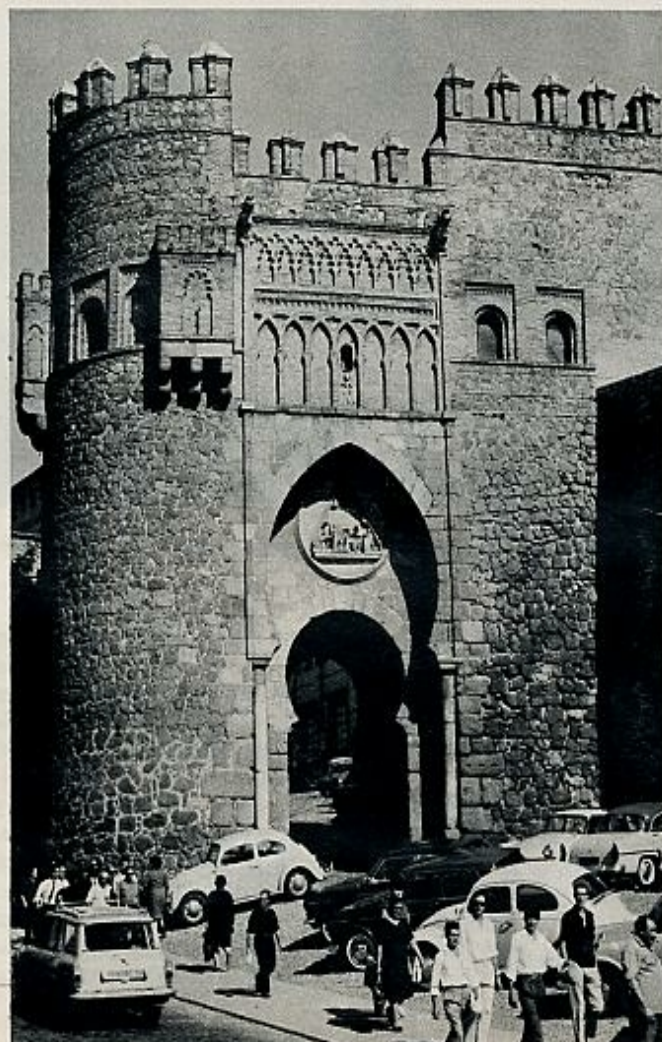
El arte es la manifestación visible de esas peculiaridades. Particularmente, la arquitectura. Sabido es cómo las prescripciones coránicas prohibían todo tipo de representación, por lo cual el arte musulmán se desarrolló fundamentalmente en los dominios arquitectónicos y de sus técnicas auxiliares.

Esquemáticamente al máximo, pueden distinguirse tres grandes períodos para el arte árabe español: el «califal» —o cordobés— que se extiende desde el siglo VIII a los comienzos del XI; el de los «reinos de Taifa», almorávide y almohade, desde fines del XI hasta mediados del XIII, y el «nazari» o granadino, desde el XIII hasta fines del XV.

El primer período, el cordobés, es el más primitivo y el más fuerte. Es el estilo del califato. En su nacimiento, estuvo vinculado a la familia de los omeyas, aniquilada en oriente por la revolución de los abbasíes, pero restablecida en España gracias a la fuerte personalidad de Abderramán I, su único superviviente. Con él, el emirato de Córdoba se independiza y logra su total independencia frente a Damasco y Bagdad. En Oriente, la



En el Alcázar de Sevilla —arriba— se superponen armoniosamente los estilos árabe y mudéjar. Abajo, la Puerta del Sol, de Toledo, de estilo mudéjar.



entronización de los abbasíes había significado el traslado de la corte desde Damasco a Bagdad y, como consecuencia de ello, la adopción de una arquitectura de influencia mesopotámica, basada en el ladrillo, en la columna liviana y en la profusión decorativa, menos vigorosa que la que antes se realizaba, de influencia siríaca y bizantina, moderada en su ornamentalismo y basada en el pilar, la piedra y la gran columna. La primera gran arquitectura cordobesa parecía ser una reivindicación —más por los procedimientos que por el estilo— de la vieja corte de Damasco: fuerte, con preponderante utilización de la piedra, maciza y vigorosa. Se identificaba con Damasco incluso en su indiferencia por ser un arte original. En sus comienzos, la arquitectura califal española se vale casi exclusivamente de los elementos constructivos indígenas: el aparejo de soga y tizón, el arco de herradura, etc. Cabría incluso pensar que la estructura de la mezquita cordobesa —su primera y más importante obra— estuvo determinada por la de la preexistente catedral de San Vicente —visigótica—, pues se sabe de un acuerdo con la colonia cristiana de la ciudad para dividir el templo entre las dos religiones. Del primitivo núcleo musulmán, y por sucesivas agregaciones y ampliaciones hasta la de Almanzor —entre el siglo VIII y el siglo X—, nació esa gigantesca obra maestra del arte hispano-árabe que hoy sobrevive en sus partes más esenciales. Los tratadistas insisten, acaso excesivamente, en la falta de originalidad del arte califal de la primera hora, obsesionados por el hecho de que los principales elementos constructivos los aportó el arte de la Córdoba pre-árabe. Sin embargo, hay que considerar lo que era, en cuanto a proporciones y en cuanto a riqueza, cualquier templo del mundo occidental de la época (el mundo pre-románico, no lo olvidemos), con sus minúsculas y elementalísimas iglesias, y compararlo con la grandiosa y espectacular arquitectura de la mezquita, con sus diecisiete naves montadas sobre columnas y arcos de herradura y de medio punto, con su sentido «serial» de la repetición que parece tender al infinito y que se manifiesta ya en la reiteración de sus elementos ornamentales, con su policromía deslumbradora al mismo tiempo que sobria, con la invención, cada vez más obsesiva, de elementos constructivos; hay que tener en cuenta todo eso para comprender que la originalidad de la primera arquitectura hispano-árabe está por encima de los elementos constructivos aislados que hereda y depende mucho más de un genio aglutinador de elementos cuyo horizonte es

SIGUE

## EL LEGADO ARABE



Arriba, una vista interior de la mezquita de Córdoba, el monumento por antonomasia del arte árabe califal. A la derecha, la Giralda y la Torre del Oro, en Sevilla.

el infinito. Esa tendencia hacia el infinito sería la constante del arte árabe a través de todas sus peripecias, y no se manifestará solamente en la aspiración constructiva, sino también en la vivencia casi matemática de la «serie», de la repetición, que indica también su ornamentalismo, geométrico o vegetal, cerámico o de yeserías, que multiplica ventanales, que enlaza los arcos de medio punto con los de herradura y con los de herradura apuntados y polilobulados, en

una enmarañada complejidad constructiva, llena sin embargo, de exactitud matemática.

A esta primera edad —la edad fuerte del arte árabe español— corresponden construcciones de todo tipo: templos, fortalezas, palacios, etc. Como una leve reminiscencia de lo que fue queda, hundido más en la arqueología que en la arquitectura, la ruina del formidable palacio de Medina Azahara, creado y ya aniquilado en el mismo siglo X. Si ese palacio subsistiera tal y como la mag-

nitud de sus ruinas nos deja entrever, sería la prueba más evidente de la formidable superioridad que sobre todo el mundo occidental ejercería esa gran metrópoli de la alta edad media que fue Córdoba, llena de bibliotecas y de mezquitas, erudita y elegantísima, en una época europea, ruda y pastoril en la que hasta los reyes eran analfabetos.

La segunda edad del arte árabe español es la del fanatismo. Para las grandes tribus mahometanas del nor-

te de África, el Islam español —Al-Andalus— había perdido la pureza inicial de los grandes días. Córdoba, la más grande y la más esplendorosa de las ciudades del Occidente, practicaba la vida intelectual, la poesía, la matemática, las traducciones de la filosofía griega, la astronomía, la medicina, además del amor en sus versiones más exquisitas, pero se había olvidado de la pureza coránica de los sufíes y, sobre todo, de la práctica sistemática de la **SIGUE**





Arriba, la colina roja —o al-hambra—, desde una de las alturas de Granada. Abajo, Santa María la Blanca, de Toledo, antigua sinagoga de estilo almohade.



## EL LEGADO ARABE

guerra santa. Desde la muerte de Almanzor, el gran caudillo militar, los reinos cristianos del norte, mucho más rudos —reinos de pastores y de guerreros— iban afianzando cada vez más un poderío militar que a la larga iba a ser decisivo. Por eso, para salvar al Islam español de los peligros de la inteligencia y la voluptuosidad mancomunadas, surgen las sucesivas invasiones almorávides y almohades, tribus saharianas fanatizadas por la pureza primitiva, que confirman la ya iniciada desmembración del Califato y consolidan en Al-Andalus la miriada de pequeños reinos —los reinos de Taifa— en que aquél había quedado dividido. La fe islámica que se había ido relajando en doradas cortes —como la de Al-Mutamid, rey poeta de Sevilla— adquirió un nuevo rigor que se justificó en victorias militares contra las huestes cristianas.

Tal austeridad tiene también su manifestación visible en el arte. La arquitectura cordobesa había llegado en su complicación a un recargamiento caprichoso, especialmente, en la corte de Zaragoza. Los almorávides y almohades son portadores directos de la tradición abasí, de raigambre mesopotámica, en su versión más sobria: utilización del ladrillo para los grandes macizos y uso preponderante del pilar contra la columna, aun cuando se siguen utilizando los arcos califales de herradura apuntado y polilobulados.

Sevilla debió ser la capital natural del mundo almohade español. Desgraciadamente, poco nos queda de su palacio o Alcázar, desfigurado por el mudéjarismo a partir de la ocupación cristiana de la ciudad, aun cuando subsisten sus torres y la arquería del patio del Yeso, y menos aún queda de su gran mezquita —aparte de la muestra espléndida del alminar, la Giralda—, si no es algún leve vestigio en el Patio de los Naranjos. Pero quedan, como recuerdos ilustrísimos, la Giralda y la Torre del Oro. Esta última, de planta dodecagonal, ancha y maciza, era el final de un muro de defensa que desde el Alcázar conducía hasta ella, situada a la orilla del Guadalquivir. La esbeltísima Giralda —completada desde el campanario, en su fisonomía actual, en época renaciente— es como un gigantesco pilar de ladrillo —cimentado, por cierto, sobre arqueologías romanas y visigodas— del que cada uno de sus frentes está amenizado por ventanales encuadrados en arcos mixtilíneos ciegos.

La presencia almorávide y almohade contuvo, ciertamente, la expansión cristiana hacia el sur, pero, a partir del siglo XIII, el Islam era ya en España un mundo a la defensiva. A mediados de ese siglo se produjeron las espectaculares conquistas de San Fernando, que incorpora a la corona de Castilla a la Andalucía Alta y Occidental, hasta el mar, con Córdoba y Sevilla incluidas. Como

consecuencia de ello se formó el reino nazarí, de Granada, último eslabón en la gran cadena del arabismo peninsular. Como si quisiera poner punto final a su presencia en España con una joya deslumbradora, el Islam nos dejó la maravilla de La Alhambra y sus jardines. Allí, ya, a largos siglos de distancia de la cultura omeya o abasí, quedan superados todos los presupuestos previos, aun cuando se siga fiel a la tradición. La Alhambra es, sí, como se le advierte desde el primer momento, una concentración fantástica de ornamentalismo en todas sus manifestaciones: profusión cerámica, yeserías, almocárabes, alicatados, etc. Pero, sobre todo, es la genial materialización de un sentido del espacio arquitectónico. Nunca se ha sentido de manera más rigurosa cómo hay que compartimentar un espacio interior para adecuarlo a la habitabilidad; nunca se han distribuido masas y huecos de una manera más armoniosa. Además, en una época —la nuestra— en la que se siente como un imperativo la necesidad de una arquitectura «orgánica», difícilmente encontraremos un ejemplo más acabado de lo que ello significa que en La Alhambra. Allí se siente la interioridad de la arquitectura, pero se advierte, como un contrapunto, el sentido de la exterioridad, del paisaje, del murmullo de la vida que discurre a los pies del palacio, en la ciudad. Se diría que el paisaje entra y sale del palacio a medida que el hombre se desplaza por su ámbito. Y no sólo el paisaje, sino la misma naturaleza, el agua, la vegetación... Por todas partes se oye el rumor del agua. Además, están los jardines del Generalife. La cultura árabe —cultura de desierto— es, por eso mismo, cultura del agua.

Sin embargo, 1492 —fecha de la toma de Granada por los Reyes Católicos— no es la fecha del ocaso definitivo de la cultura árabe.

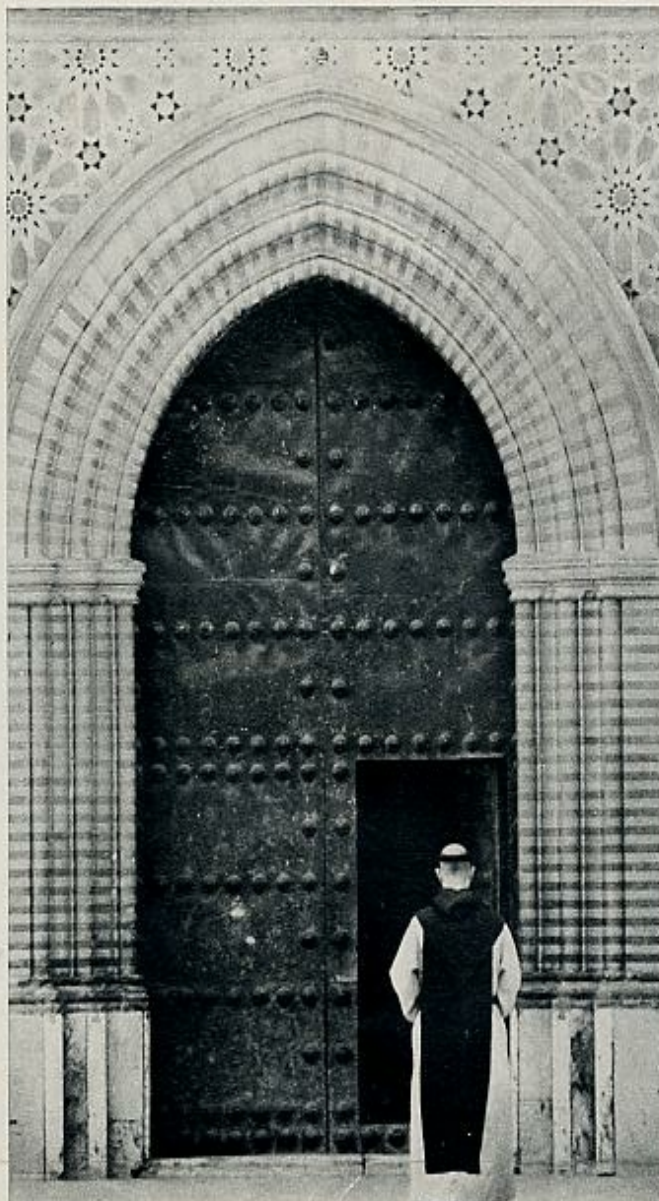
### arabismo y mozarabismo

La islamización de España no fue, en modo alguno, una arabización en el sentido étnico o racial de la palabra. Más cabalmente podría hablarse de una hispanización de la cultura islámica. En la España árabe subsistieron —con mayor o menor fortuna, según los períodos de tolerancia o fanatismo islámicos— núcleos hispanos que se mantuvieron fieles a la fe cristiana: los mozarabes. Eran la fe cristiana en odres culturales arábigos. Aun cuando lo normal fue la tolerancia, en los siglos IX y X muchos mozarabes, especialmente cordobeses, tuvieron que emigrar hacia el norte cristiano para poder ejercitar sus cultos en libertad. Ellos fueron los portadores del mozarabismo

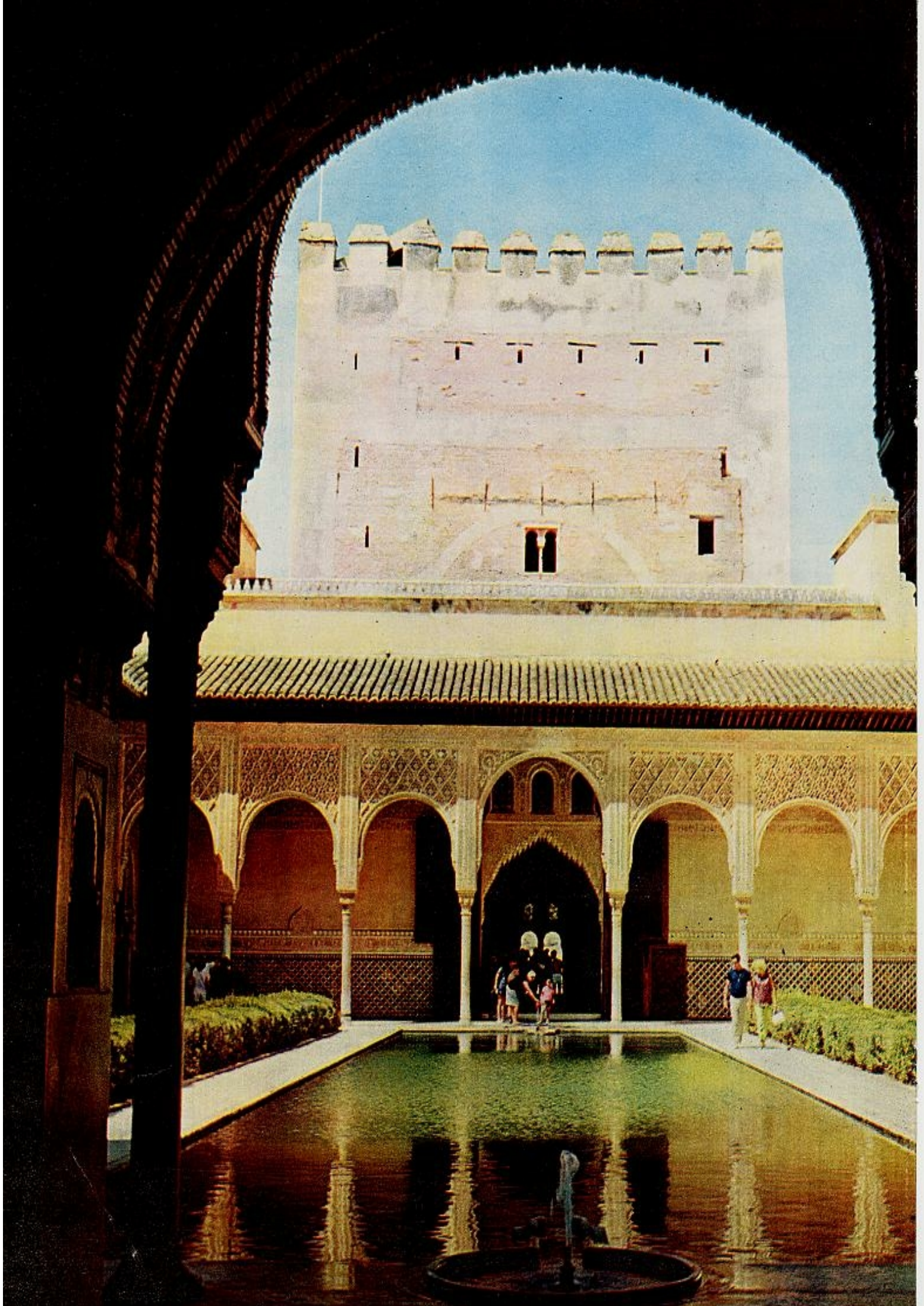
—una cultura superior— a **SIGUE**



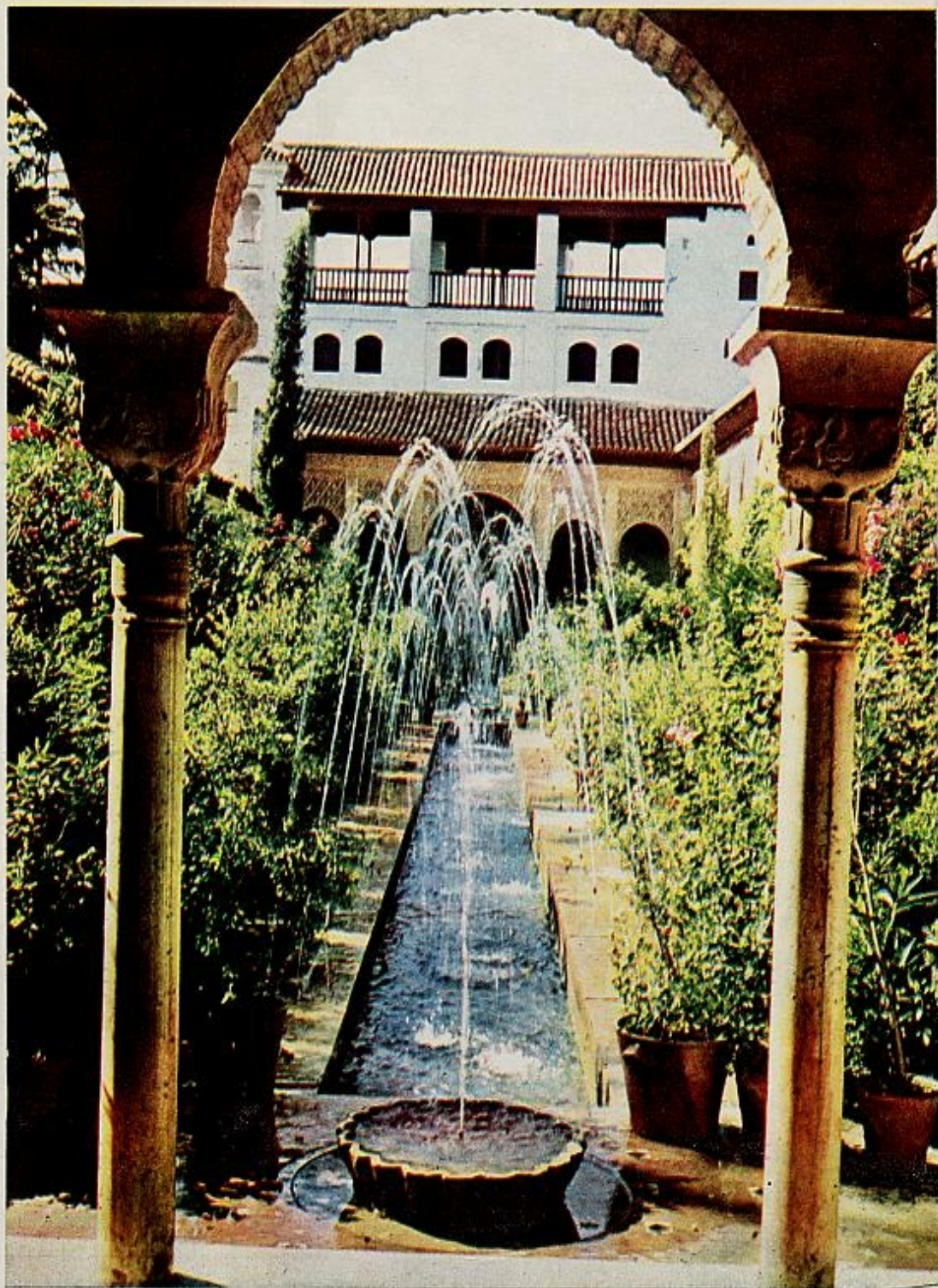
Arriba, una puerta de mihrab de la mezquita de Córdoba. Abajo, el estilo gótico, ya con fulgores renacentes, se alía al mudéjar en San Isidoro del Campo.







## EL LEGADO ARABE



A la derecha, el Patio de Lindaraja, de la Alhambra. A la izquierda, los surtidores que dan vistósidad al jardín del Generalife.

tierras cristianas, mozarabismo que se manifiesta aún en iglesias cristianas como la de San Miguel de Escalada, Santiago de Peñalba o San Baudel de Berlanga y en un arte figurativo de evidente progeñie mestiza como las ilustraciones para los Beatos —libros miniados con comentarios al Apocalipsis—. Esta cultura mozárabe fue la vena más castiza de lo español medieval, que se enfrentaría en el siglo XI, al romanismo universalista, materializado en el arte románico, importado por Chuny, con el

patrocinio real a través del Camino de Santiago.

### **cristianismo y mudejarismo**

Contrariamente, en la tierra cristiana reconquistada subsistieron, amparados también por la tolerancia medieval, artifices árabes o métodos árabes de construcción. Todo ello se incrusta en el arte cristiano dándole la impronta especial de lo *mudéjar* al

estilo en que se trataba de realizar cada obra. Existe así —en Sahagún o en Arévalo— un románico de ladrillo de evidente técnica árabe, al que se llama «románico-mudéjar», o un «gótico-mudéjar» e, incluso, después de la total reconquista de la Península, un renacimiento mudéjar.

Es que el mudéjar no es tanto un estilo temporal cuanto una actitud, una manera de ver, una imagen del mundo, que la civilización árabe le dejó en herencia a la cultura de España.